



Mujer gimnasta, pixabay.com

**“No se nace mujer:
se llega a serlo”.***

“No woman is born: you arrive to be”.

Joana Cecilia Noriega Hernández

La escritura de Caitlin Moran, de estilo desparpajado e hilarante, nos conecta de manera profunda con algunas de las ideas esenciales y comunes acerca de lo que las mujeres saben sobre qué es ser mujer, lo que en el ámbito social se dice del asunto y lo que ellas, al fin y al cabo, terminan creyendo. La autora destaca el conjunto de las creencias, los rumores, las voces sociales y las propias, las cuales, en ocasiones, se convierten en actuar, en prejuicio o en juicio, y otras, en limitación o en fuerza, en miedo o en valentía.

Caitlin Moran quiere reflejarnos su propia luz en relación a qué es ser mujer o en qué debería consistir serlo. Es posible que esa luz permita a las mujeres encontrar un lugar más cómodo en un mundo como el nuestro. Ya Simone de

Beauvoir había dicho que “no se nace mujer sino que se llega a serlo”; Moran es profunda y práctica y nos habla de la dificultad que entraña ser mujer no sólo en lo social, sino también en el ámbito más personal. La mujer se enfrenta a una profunda definición de su ser una vez que deja de ser niña, luego toda su vida se la pasa en el intento de ser mujer en el sentido más pleno. Pero la plenitud de ser mujer, en primer término, no es un asunto externo sino interno, personal y de autocreación, de autoaceptación, de identidad... y de una creatividad sin medida.

De suerte tal que, ser mujer no es fácil en ninguna parte del mundo, pues entraña una lucha social y personal de la mujer contra sí misma, contra el machismo arraigado de las sociedades en todo el mundo, contra los estereotipos, contra la televisión, la radio, los periódicos, las revistas de moda, las autoridades eclesiásticas, la música, y contra todos aquellos y aquellas que imponen una visión no plena de lo que es ser mujer. El acierto de Moran es que su discurso no es quejoso ni beligerante en el sentido acostumbrado y propio de algunas feministas, ella nos comparte su experiencia de ser mujer, sus cuitas, sus aciertos, sus reveses. No me parece que crea que su experiencia es la más valiosa y ejemplarizante, pues es sólo una entre millones de experiencias. Pero, sin duda, la autora tiene capacidad de reírse de sí misma, de reírse con sus lectores, y quienes la leemos podemos aprender y hallar se-

guridad y confianza en sus palabras, así como entender un poco la construcción de nuestro ser femenino; y saber que no estamos solas, pues las mujeres somos parte de una misma historia. Me parece singular su definición de feminismo porque es abierta en el sentido de no excluyente, para Moran ser feminista es “tener vagina y responsabilizarse de la misma”. Y el feminismo es “la convicción de que las mujeres deben ser tan libres como los hombres, por muy chifladas, estúpidas, crédulas, mal vestidas, gordas, menguantes, vagas y engréidas que sean”.

Opino que el libro puede ser útil a mujeres de cualquier edad: adolescentes, adultas y mujeres de mayor edad. Contiene temas esenciales que arrojan luz sobre la vida de cualquier mujer: qué es ser feminista, qué hay del peso y el sobrepeso, qué hay del amor y el sexo, qué hay de tener hijos o no tenerlos, qué hay del envejecimiento, qué hay de las fiestas de bodas, qué pensar del aborto, qué con mi cuerpo y sus primeros cambios y características (la menstruación, el vello púbico). Caitlin nos cuenta su historia al respecto y no hace sino recordarnos la nuestra y darnos alas. La obra visibiliza lo difícil que es llegar a ser mujer aunque se haya nacido con ese sexo, Moran muestra que los escollos emanan, justo, de la dificultad de llenar las expectativas culturales y sociales: aquellas representaciones colectivas sobre lo femenino que terminan imponiéndose en la mente de cada chica y que dan lugar a una dura batalla en su construcción como persona.

Un asunto importante en la obra de Moran es que ésta también puede ser leída por hombres porque, quizá por esta vía, ellos pueden entender mejor cómo se construyen a sí mismas las mujeres y las dificultades que entraña tal proceso. Pero, sobre todo, es una obra provechosa (e incluso puede llegar a ser para algunos edificante) porque, como señalé antes, puede ser leída por mujeres de todas las edades. Sin embargo, recomiendo su lectura, de forma especial, a las adolescentes; pues la autora nos muestra que la más grande batalla en el proceso de ser mujer se libra en la adolescencia, y, por si fuera poco, esa batalla tiene lugar en el cuerpo.

La autora, de manera creativa e hilarante, echa por tierra ideas absurdas, y (desde su original perspectiva) muchas veces perjudiciales, las cuales tienen su base en lo que transmiten los medios de comunicación, la pornografía, las revistas, la música, etcétera. Una de estas ideas es la exigencia de depilación que se hace a casi cada una de las partes del cuerpo de las mujeres, por ejemplo, el pubis, una demanda estética que en ocasiones raya en la irracionalidad. Otra idea irracional, según el libro, es la moda de usar bragas diminutas que nunca cubren con suficiencia al cuerpo de la mujer.

Por si fuera poco, Moran habla sin temor acerca de la “gordura” y de cómo esta palabra se ha convertido en un insulto peor que el de “gay” o “lesbiana”. La palabra “gorda” está cargada de re-

criminación, pero hay que liberarse de la misma. La autora dice que no debemos de preocuparnos demasiado por los kilos de más, pues los estereotipos de belleza no deben de ser nuestro modelo a seguir. Debemos de estar felices si tenemos forma humana porque tenerla implica estar limpias, sanas y, entonces, ser bellas. Para no perder la forma humana hay que hacer cosas humanas: caminar, correr, subir escaleras y comer comida para humanos.

Como en nuestra actual sociedad el machismo está oculto, el libro ofrece ciertas claves para identificarlo, la principal es que, de forma regular, aquel se manifiesta por medio de comportamientos groseros en los cuales quienes los manifiestan (hombres o mujeres) presentan poca consideración hacia las mujeres a las cuales dirigen sus comentarios o acciones. Porque detrás del machismo hay una lógica de poder: los hombres siempre han sido los vencedores y las mujeres, las perdedoras. El machismo es esta profunda pero oculta lucha de los hombres o de lo masculino para que las mujeres continúen siendo las segundas en todo, las grandes perdedoras. Ni siquiera los hombres del siglo XXI creen en la igualdad entre hombres y mujeres y en que estas últimas tienen derecho a vencer, a colocarse sin problemas en el bloque ganador; al final, cuando los hombres de nuestros días hablan de igualdad siempre lo dicen de dientes para afuera.

Según la obra de Moran, ciertas cuestiones se presentan a las mujeres como obligaciones sociales que les dan el

estatus de mujer “aceptable” o “verdadera mujer”: usar determinado tipo de ropa interior, enamorarse y tener pareja, casarse, tener hijos, combinar prendas con coherencia, ocuparse de su aspecto físico y personal, gastar mucha plata en ropa, usar tacones, ser buenas y atinadas en la elección de su ropa, entre varias más.

Todas esas obligaciones precisan ser examinadas, sin embargo, la cuestión de la ropa es, sin duda, un aspecto que debe de superarse porque las mujeres son juzgadas, ridiculizadas y tenidas como débiles por usar una sola prenda equivocada; y el objeto de juicio no es la ropa (causante de que la persona se vea mal), sino el cuerpo de la mujer. Las mujeres quieren usar ropa que las exprese, que las haga sentir ellas mismas; pero la moda y los diseñadores hacen ropa para mujeres que sólo existen en la imaginación de ellos mismos. Tales juicios no son sino una exigencia poco amable que viene desde el mundo de los hombres y que reproducen las propias mujeres.

El cardinal libro de Moran invita a las mujeres a convencerse de que son dignas de llegar a ser ganadoras, aunque por tantos milenios se les hayan puesto obstáculos inquebrantables, y su misma condición femenina (a saber: el emba-



Mujeres, pixbay.com

razo o el hecho de que la fuerza de las mujeres no alcanza para matar mamuts) haya dificultado mostrar con hechos evidentes que las mujeres son iguales en dignidad a los hombres.

Las mujeres tienen que intentar colocarse del lado de los ganadores. Si bien esto ya no es imposible, constituye una gran hazaña que precisa de enorme esfuerzo. Se requiere que las mujeres hagan y no sólo sean, que también inspiren al mundo, que sean las musas de sí mismas, de otras mujeres y de otros hombres, y que ganen un lugar protagónico en el mundo, pues también les pertenece. Pero en mayor medida es indispensable que no aspiren a ser mujeres (ya lo son) sino a, con sus hechos, ser humanas y, de esa manera, conquisten el respeto que los “muchachos” sin mayor esfuerzo han gozado desde que el mundo es mundo.